

»verdadera sabiduría» (1). Las facultades del alma «sólo tienen habilidad para ocuparse todas en Dios; »no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear si con mucho estudio no quisiésemos »divertirnos, y aún no me parece que del todo se podría entonces hacer» (2). Sucede aquí al alma, lo que al gusano de seda, cuando, después de haber formado el capullo, muere, y se convierte en mariposa. Hé aquí cómo expone la Santa esta bellísima comparación: «Ya habréis oído las maravillas de Dios en cómo »se cría la seda; pues de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños, comienza con »el calor (en comenzando á haber hoja en los morales), á vivir; que hasta que haya este mantenimiento »de que se sustenta, está muerta. Y con hojas de »moral se crían, hasta que, después de grandes, les »ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de »sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos »muy apretados adonde se encierran, y acaba este »gusano, que es grande y feo, y sale del capucho una »mariposita blanca muy graciosa. Así acá; entonces »comienza á tener vida este gusano del alma, cuando »con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general que á todos nos da Dios, »y es el remedio que un alma, muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones puede tener. »Entonces comienza á vivir, y váse sustentando con »esto y buenas meditaciones hasta que está crecida.

(1) *Vida*, cap. XVII.

(2) *Vida*, cap. XVI.

»Crecido este gusano (que es lo que hasta ahora en »los principios queda dicho), comienza á labrar la »seda y edificar la casa donde ha de morir, que es »Cristo. Muere (al mundo) en la oración de unión, y »sale de ella hecha una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de aquí de haber »estado un poquito metida en la grandeza de Dios y »tan junta con él, que á mi parecer nunca llega á »media hora! Yo os digo de verdad, que ella misma »no se conoce á sí. Porque mirad la diferencia que »hay de un gusano feo á una mariposa blanca, que la »misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer »tanto bien, vése con un deseo de alabar al Señor, »que se querría deshacer y morir por él mil muertes. »Luego le comienza á tener de padecer grandes trabajos sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos »conociesen á Dios; y de aquí le viene una pena »grande de ver que es ofendido... ¡Oh, pues ver el »desasosiego de esta mariposita con no haber estado »más quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar á Dios: y es que no sabe á dónde posar y hacer »su asiento, que, como le ha tenido tal, todo lo que »ve en la tierra le descontenta: en especial, cuando »son muchas las veces que le da Dios de este vino, »casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya »no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, »que era poco á poco tejer el capucho. Hánle nacido »alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar de »andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto »puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tie-

»ne en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo
 »ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transfor-
 »ma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque
 »la flaqueza que antes le parecía tener para hacer
 »penitencia, ya la halla fuerte, el atamiento con deu-
 »dos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos
 »ni determinaciones..., ya se ve de manera que le pesa
 »estar obligada á lo que para no ir contra Dios es
 »menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado
 »que el verdadero descanso no le pueden dar las cria-
 »turas» (1). Las señales que pone para conocer, cuán-
 do esta unión con Dios es verdadera y cuándo no,
 son dos: 1.^a Una certidumbre inquebrantable, que
 queda en el alma, de que Dios la ha unido consigo,
 «con tal firmeza..., que, aunque pasen años sin tor-
 »narle Dios á hacer esta merced, no lo olvida ni puede
 »dudar que fué así» (2). 2.^a Los efectos que en el alma
 produce y ya están descritos, á lo cual debe añadirse
 una pena y quebranto grande que comienza á sentir
 el alma, por no hallar asiento en cosa alguna de la
 tierra, y no poder tornar allí donde gustó tan regala-
 dos deleites.

33. *Moradas sextas.*—*Desposorio espiritual.*—En
 esta Morada, la más bella y grandiosamente descrita

(1) Mor. 5.^a, cap. II.

(2) Mor. 5.^a, cap. I. Esta certidumbre inquebrantable y subje-
 tiva de que habla la Santa, no es, nótese bien, de estar en gracia
 de Dios, sino únicamente de haber estado unida con él, lo cual,
 absolutamente hablando, puede acontecer también á las almas pec-
 cadoras.

de todas, distingue cuidadosamente la Santa los actos
 previos, con que el alma se dispone para que el Señor
 la tome por esposa, el desposorio mismo, y los efec-
 tos ó dones sobrenaturales con que Dios largamente
 la enriquece. No se vaya á creer que este altísimo y
 regaladísimo don se parece á los que el Señor prodi-
 ga en las Moradas anteriores, no; el desposorio místico
 sobrepuja inmensamente los favores propios de la
 oración de unión, y se asemeja en gran manera al
 matrimonio espiritual que se consuma en la postrera
 Morada. Por eso dice al llegar aquí la Santa: «Esta
 »Morada y la postrera se pudieran juntar bien, porque
 »de la una á la otra no hay puerta cerrada; (y sólo)
 »porque hay cosas en la postrera, que no se han ma-
 »nifestado á los que no han llegado á ella, me pareció
 »dividir las.» La diferencia entre estos tres últimos
 estados del alma, que son, unión perfecta, desposo-
 rio y matrimonio espiritual, la explica al fin de la
 Morada 5.^a (1), valiéndose al efecto de la compa-
 ración del Sacramento del Matrimonio y todo lo que
 á él precede. Pero hace notar antes, que los contenidos
 sobrenaturales del espíritu no se parecen en nada á
 los toscos y terrenales de los que carnalmente se des-
 posan; porque «las operaciones del primero, dice, son
 »limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay
 »como sé decir» (2). «Páreceme á mí, prosigue, que
 »como acá, cuando se han de desposar dos, se tratan
 »(para ver) si son conformes... y para que más se sa-

(1) Cap. IV, párr. 2.

(2) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. I.

»tisfagan el uno del otro; así, presupuesto que el con-
 »cepto está ya hecho, y el alma bien informada (de)
 »cuán bien le está hacer en todo la voluntad de su
 »esposo de todas cuantas maneras ella viere que le
 »ha de dar contento, Su Majestad le hace misericor-
 »dia de que le entienda (ó conozca) más, y que ven-
 »gan á vistas para luego juntarla consigo. Podemos
 »decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiem-
 »po. Allí (en la oración de unión), no hay más que
 »dar y tomar; (no hay) sino ver el alma por una ma-
 »nera, quién es este esposo que ha de tomar... Mas
 »como es tal el esposo, de sola aquella vista la deja
 »más digna de que se vengan á dar las manos, como
 »dicen, y el alma queda tan enamorada, que hace de
 »su parte lo que puede para que no se desconcierte
 »este divino desposorio» (1), sino que reciba su con-
 »sumación con el matrimonio espiritual, que es propio
 de la séptima y última Morada.

34. La preparación inmediata para recibir tan se-
 ñalado favor son las tribulaciones, así en el cuerpo
 con enfermedades y recios dolores (2), como en el
 alma; por dar el Señor licencia á los demonios (3), y
 á las personas con quienes se trata (4), y á los mis-
 mos confesores (5), para que la mortifiquen y comba-
 tan con apretamientos interiores, que sólo pueden

(1) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 2.

(2) Mor. 6.^a, cap. I, párrs. 14 y 15.

(3) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 26.

(4) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 5.

(5) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 16.

compararse á los que en el infierno se padecen (1).
 No se halla entonces consuelo ninguno, ni de parte
 de la imaginación, ni de parte del entendimiento, en
 tan deshecha tempestad (2). Júntase con esto la pena,
 desgarradora y dulce al mismo tiempo, con que el
 mismo Dios sabrosísimamente la hiere. «Pues sucede
 »aquí muchas veces, dice, que, estando el alma des-
 »cuidada y sin pensar en Dios, Su Majestad la des-
 »pierta á manera de una cometa que pasa de presto,
 »ó un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende
 »muy bien el alma que fué llamada de Dios, y tan
 »entendido, que algunas veces (en especial á los prin-
 »cipios) la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa
 »que la duela. Deshaciéndome estoy, Hermanas, por
 »daros á entender esta operación de amor, y no sé
 »cómo; porque parece cosa contraria dar á entender
 »el Amado claramente que está con el alma, y parecer
 »que la llama con una seña tan cierta que no se pue-
 »de dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderlo
 »el alma que no lo puede dejar de oír; (parece, digo,
 »imposible esto) y sentir al mismo tiempo una pena
 »que le llega tan á las entrañas, que, cuando de ellas
 »saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece
 »que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor
 »que siente. Esto dura á veces algún rato, quitase y
 »torna; pero nunca puede ser cosa movida, ni del na-
 »tural, ni de melancolía, ni de antojo, ni ser engaño
 »del demonio (3). Otras veces se la comunica el Señor

(1) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 19.

(2) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 20.

(3) Mor. 6.^a, cap. II.

»por medio de hablas interiores. Unas parece que
 »vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma,
 »otras de lo superior de ella, y otras tan en lo inte-
 »rior, que parece se oyen con los oídos, porque pare-
 »ce voz formada» (1). Y aunque en esto cabe engaño
 del demonio ó de la propia imaginación, especial-
 mente en personas de flaca imaginación ó melancóli-
 cas, distingúense, cuando son de Dios, en el poder y
 señorío que traen consigo, que es hablando y obran-
 do; en la quietud y recogimiento devoto con que de-
 jan al alma dispuesta para alabar á Dios, y en lo es-
 culpidas que quedan en la memoria estas palabras,
 con tal seguridad de que se han de cumplir, que,
 aunque parezca que todo va al contrario, el alma no
 se puede rendir.

35. Dispuesta y habilitada ya así con trabajos,
 como también con mercedes tales, tiene lugar el favor
 propio de esta Morada. *El desposorio místico* no se
 celebra, si no es en estado de éxtasis ó arrobamiento
 de todos los sentidos; pues si, estando en el uso de
 ellos, se viera tan cerca de Su Majestad, no fuera po-
 sible, por ventura, quedar con vida. Dos clases hay de
 arrobamientos, unos simplemente tales, y otros llama-
 dos vuelos de espíritu. Acontece en los primeros,
 que, siendo el alma, aun fuera de la oración, tocada
 interiormente con alguna palabra de que se acordó ú
 oye de Dios, «de presto manda el esposo cerrar las
 »puertas de las Moradas y aun las del Castillo y cer-

(1) Mor. 6.^a, cap. III.

»ca. Quitarle el huelgo de manera, que, aunque pue-
 »da hacer por un poquito uso de los otros sentidos,
 »el de la lengua desaparece y se anuda por completo,
 »sin poder hablar (y aun á veces todo se quita de
 »presto): las manos se enfrían y el cuerpo, de manera,
 »que parece no tiene alma, ni se entiende si echa el
 »huelgo» (1). Allí Dios la renueva y abrasa en su
 amor, y así, limpia y abrasada, «la junta consigo sin
 »entender allí nadie (lo que pasa) sino ellos dos: ni
 »aun la misma (lo) entiende de manera que lo pueda
 »después decir, aunque no está sin sentido inte-
 »rior» (2). «Esto dura poco espacio en un ser, porque,
 »quitándose esta gran suspensión un poco, parece
 »que el cuerpo torna algo en sí y alienta para tornar-
 »se á morir... Mas acaece, que, aunque se quita, la
 »voluntad queda tan embebida y el entendimiento
 »tan enajenado por días y días, que parece no es ca-
 »paz de entender en cosa que no sea para más des-
 »pertar la voluntad á amar» (3). Las potencias están
 absortas y como muertas, los sentidos lo mismo;
 pero, á pesar de esto, ven, sea por visión imaginaria,
 sea por visión intelectual, secretos y cosas del cielo,
 según le place á Dios demostrárselas.

El primer modo de visión hace, que, de tal manera
 queden las cosas impresas en la memoria, que nunca
 jamás se olvidan, y, por otra parte, las puede de al-
 guna manera declarar; pero «la visión intelectual,
 »cuando se tiene en el arrobamiento y fuera del uso

(1) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 16.

(2) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 3.

(3) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 17.

»de los sentidos, no deja imagen alguna en las potencias, y así no hay modo de declararla.» Y como sucede, cuando se entra en un gran palacio donde se ofrece á la vista mucho que ver, que luego se olvida todo, de manera que de ninguna de las cosas vistas en particular queda más memoria que si no se hubieran visto, ni sabríamos decir de qué hechura son, mas por junto nos acordamos que lo vimos; así en la visión intelectual de arrobamiento está el alma tan hecha una cosa con Dios, que, aunque á veces la permite el Señor ver admirables secretos, queda, después que torna en sí, con aquel representarse las cosas que vió, mas no puede decir ninguna (1).

(1) Hé aquí las palabras con que la Seráfica Madre expone esta idea: «Deseando estoy acertar á poner una comparación, para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no hay que la cuadre; mas digamos esta. Entráis en un aposento de un Rey ó gran señor (creo camarín los llaman), adonde tienen infinitos géneros de vidrios, y barros, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la Duquesa de Alba..., que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabía decir de qué hechura eran, mas por junto acuérdate que lo vió. Así acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo..., algunas veces gusta (el Señor) que... de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda, después que torna en sí, con aquel representarse las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.» — Mor. 6.^a, cap. IV, párrs. 9 y 10.

36. El vuelo del espíritu, aunque no se distingue esencialmente del éxtasis ordinario, le lleva ventaja en la fuerza y poder con que obra en el alma, como un fuego grande de otro pequeño. Al primero llama Santa Teresa en la *Vida*, cap. XVIII, párr. 3, *unión* simplemente, por el desposorio espiritual y esencialmente *unitivo* que en él se efectúa; y al segundo, *levantamiento en la unión*. «Acaece de presto, dice, »que estando el alma buscando á Dios, se siente un »movimiento tan acelerado de la misma, que parece »es arrebatado el espíritu con velocidad» (1). Siéntese turbación y temor, mas no hay modo de resistir, antes es peor; «que con la facilidad que un gran jayán »puede arrebatar una paja, éste nuestro gran gigante »y poderoso arrebata el espíritu» (2). «No parece sino »que (sobre) aquel pilar de agua que dijimos en la »cuarta Morada, que con suavidad (digo sin ningún »movimiento), se henchía, aquí desató este gran Dios »los manantiales por donde venía á este pilar el agua, »y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra »alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para »que las olas, si vienen con furia, la dejen estar adonde quieren, muy menos puede lo interior del alma »detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos »ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello» (3).

(1) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 1.

(2) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 2.

(3) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 3.

Para esto es menester gran ánimo, que es cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción, viendo su mala correspondencia á Dios de tantas mercedes, en las faltas, quiebras y flojedad de sus obras. «Y tengo »para mí, que, si á los que andan muy perdidos por »el mundo se les descubriese Su Majestad, como hace »á estas almas; que, aunque no fuese por amor, por »miedo no le osarían ofender» (1). Los efectos exteriores que causa en el cuerpo este favor; son semejantes á los del simple arrobamiento, aunque más vehementes; y se hallan admirablemente descritos en el cap. XVIII, párrs. 6 y 7 de la *Vida*, cuando dice: «Siéntese (el alma) con un deleite grandísimo y suave »casi desfallecer toda, con una manera de desmayo »que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, sino es con mucha pena, no »puede aún menear las manos. Los ojos se le cierran »sin quererlos cerrar, y si los tiene abiertos, no ve »casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina »á conocerla bien. Ve que hay letra; mas, como el »entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quiera. »Oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los »sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la »acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. »Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, »ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se »aumenta en las del alma para mejor poder gozar de

(1) Mor. 5.^a, cap. v, párr. 5.

»su gloria. El deleite exterior que se siente es grande »y muy conocido...; ni hace daño la oración por larga »que sea... Verdad es que á los principios pasa en »tan breve tiempo... que en la falta de sentidos no se »da tanto á entender, más bien se entiende en la sobra de mercedes, que ha sido grande la claridad del »sol que ha estado allí; pues así la ha derretido... Por »largo que sea el espacio de estar el alma en esta »suspensión de *todas* las potencias, es bien breve: »cuando estuviese media hora, es muy mucho... La »voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras »dos potencias presto tornan á importunar. Como la »voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están »otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pasar »algunas horas de oración, porque, comenzadas las dos »potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar »muy ganadas, y acompañan á la voluntad y se gozan »todas tres.» Esto por lo que hace á los sentidos y potencias del alma, y á los afectos que en ellas nacen y quedan como entrañados. «El alma deshácese toda, »prosigue; ya no es ella la que vive, sino Dios en ella. »Faltan allí todas las potencias y se suspenden de »manera, que en ninguna manera se entiende cómo obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde »la *memoria* como si nunca la hubiera habido de él; »si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna »de la memoria se la quemán las alas; ya no se puede »más bullir. La *voluntad* debe estar bien ocupada en »amar, mas no entiende cómo ama. El *entendimiento*,

»si entiende, no se entiende cómo entiende. Á mí no
 »me parece que entiende, al menos no puede com-
 »prender nada de lo que entiende, porque, como digo,
 »no se entiende: yo no acabo de entender esto (1)...
 »El ánimo queda animosa; que, si en aquel punto la
 »hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo.
 »Allí son las promesas y determinaciones heroicas,
 »la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el
 »mundo, el ver muy claro su vanidad... Está muy más
 »aprovechada y la humildad más crecida. Vése indig-
 »nísima, porque en pieza donde entra mucho sol, no
 »hay telaraña escondida; ve su miseria. Va tan fue-
 »ra la vanagloria, que no le parece la podría tener;
 »porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa
 »que puede, que allí no hubo casi consentimiento,
 »sino que parece que aunque no quiso la cerraron las
 »puertas de los sentidos para que más pudiese gozar
 »del Señor. Quédase sola con él; ¿qué ha de hacer
 »sino amarle? De sí ve que merece el infierno y que
 »la castigan con gloria... ¡Bendito seáis, Señor, que así
 »hacéis de piscina tan sucia agua tan clara que sea
 »para vuestra mesa» (2).

37. Tales son los prodigiosos efectos que obra en el alma esta oración, según los expone en la *Vida*, á los cuales deberán añadirse los que pone en la presente Morada, para mejor conocer cuándo tan señalados favores no son ilusión del demonio ni antojo de

(1) *Vida*, cap. XVIII.

(2) *Vida*, cap. XIX.

la imaginación. En varias de las operaciones antedichas no cabe engaño, porque el demonio, ni puede obrarlas en nosotros, ni aun fingirlas, como ya antes se indicó; y la certidumbre incontrastable que queda en el alma de que Dios le ha hablado, es prueba segura de ello. Mas si á todo esto se juntan ansias grandísimas de salir de este destierro y hastío de vivir en él, deseos de publicar las divinas alabanzas y grandezas de Dios, júbilos grandes (por más que pasen pronto), junto con grande libertad para gozar de Dios, é ímpetus vehementísimos, «á manera de golpes, aunque no son golpes,» ó á manera de saetas ó rayos, que de presto pasan y dejan hecho polvo todo cuanto hallan de tierra en nuestro natural; si todo esto se junta á lo antes expuesto, y deja en el alma una noticia viva del mismo Señor, la cual hace crecer tanto la pena de no poder gozarle, que arranca grandes gritos, por más que la persona que lo experimenta esté habituada á padecer dolores y sea muy sufrida, entonces no cabe la menor duda que el dispensador de tales mercedes es Dios.

38. *Moradas séptimas.—Matrimonio espiritual.*—Ved aquí al alma ya al fin de su jornada. Dispuesta así con tan inmenso cúmulo de penas y sabrosísimas mercedes, introdúcela el Señor en la mansión, donde él de continuo mora, y únela consigo, no de la manera que antes la unía, esto es, perdiéndose y anegándose en el sumo Bien todas sus potencias; sino más bien «quitándole las escamas de los ojos,» para que entienda por visión intelectual la merced, con

que el Señor quiere poner el colmo á sus regalos. Muéstrasele entonces «la Santísima Trinidad con una inflamación que se apodera de su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad; y, por una noticia admirable que la esclarece, comienza á entender con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un sólo Dios. Aquí se la comunican todas tres Personas..., y la hablan, y la dan á entender (el sentido de) aquellas palabras que dijo el Señor en el Evangelio: *«Que venía Él, y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que guarda sus mandamientos.»* Y estas tres divinas Personas no se van, sino que el alma «notoriamente sigue viendo (aunque no con tanta claridad como antes cuando el Señor se la mostró), que perseveran en su compañía, en lo interior del alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda... Digamos ahora como (si á) una persona, que estuviese en una muy clara pieza con otras, cerrasen las ventanas y se quedase á oscuras. No porque se la quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí» (1).

39. Con esta noticia queda habilitada para recibir el último y más preciado don del *espiritual matrimonio*, el cual no se consuma del todo, y con perfección plena y absoluta, en la presente vida, porque mientras vivimos podemos apartarnos de Dios y rom-

(1) Mor. 7.^a, cap. 1.

per este divino vínculo. «La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas, dice la Santa, será por otra forma; mas á la persona de quien yo hablo (que es ella misma), se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tenía cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había el Señor representado á esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras» (1). «Pasa esta secreta unión del matrimonio espiritual en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios, y á mi parecer no ha menester puerta por donde éntre. Digo que no ha menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí (es decir, hasta esta Morada), parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este apareamiento de la Humanidad del Señor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiri-

(1) Mor. 7.^a, cap. 11.

»tual es muy diferente. Aparécese el Señor en este
 »centro del alma sin visión imaginaria, sino intelec-
 »tual, aunque más delicada que las dichas (en la Mo-
 »rada anterior), como se apareció á los Apóstoles
 »cuando les dijo sin entrar por la puerta: *Pax vobis*.
 »Es un secreto tan grande y una merced tan subida
 »lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y
 »el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo
 »compare, sino á que quiere el Señor manifestarle
 »por aquel momento la gloria que hay en el cielo,
 »por más subida manera que por ninguna visión ni
 »gusto espiritual. No se puede decir más de que
 »queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho
 »cosa con Dios; que, como es espíritu, ha querido Su
 »Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar á
 »entender á algunas personas á dónde llega, para que
 »alabemos su grandeza. Porque de tal manera ha
 »querido juntarse con la criatura, que, así como los
 »que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar
 »él de ella» (1). Y esta es la diferencia que existe
 »entre el Matrimonio y Desposorio espiritual, *la cual*
 »es tan grande «como la hay entre dos desposados,
 »y aquellos que ya no se pueden apartar» (2). Pues,
 »aunque en el Desposorio hay unión, y unión es hacer
 »de dos cosas una; «en fin se pueden apartar y quedar
 »cada una por sí, como vemos ordinariamente que
 »pasa presto aquella merced del Señor, y después se
 »queda el alma sin esta compañía, digo de manera

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 3, 4 y 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 2.

»que la entiendan. En estotra merced no, porque
 »siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.
 »Digamos que es la (oración de) *unión* como si dos
 »velas de cera se juntasen tan en extremo que toda
 »la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera
 »es todo uno; mas después bien se puede apartar la
 »una vela de la otra y quedan en dos velas, ó el pá-
 »bilo (separarse) de la cera (y quedaría dos cosas dis-
 »tintas). Acá es como si cayendo agua del cielo en
 »un río ó fuente, adonde queda hecho todo una (masa
 »de) agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál
 »es del río ó lo que cayó del cielo; ó cómo si un
 »arroyico pequeño entra en la mar, no habrá reme-
 »dio de apartarse; ó cómo si en una pieza estuviesen
 »dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque
 »entrase dividida, se hace todo una luz» (1).

40. «Y esto se entiende mejor, cuando anda el
 »tiempo, por los efectos. Porque se entiende claro
 »por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da
 »vida á nuestra alma; muy muchas veces tan vivas,
 »que en ninguna manera se puede dudar..., y no se
 »puede excusar de decir: *¡Oh vida de mi vida y sus-*
 »*tento que me sustentas!* y cosas de esta manera.
 »Porque de aquellos pechos divinos, adonde parece
 »está Dios siempre sustentando al alma, salen unos
 »rayos de leche, que toda la gente del Castillo con-
 »forta, que me parece quiere el Señor..., que de aquel
 »río caudaloso, adonde se consumió esta fuentecica

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 6 y 7.